

Charles Bukowski
Hollywood



Henry Chinaski siempre ha estado en pie de guerra, sin bajar la guardia, contra el «establishment» y sus infinitos tentáculos. Pero en Hollywood no le será nada fácil: John Pinchot, un enloquecido director de cine, se empeña en llevar a la pantalla sus relatos de juventud, o sea la autobiografía de un alcohólico empedernido. Chinaski desconfía del proyecto, aunque acepta a regañadientes escribir el guión de la película. Y aquí comienzan los verdaderos problemas.

Bukowski cuenta en este libro las experiencias de su *alter ego* Chinaski con la filmación de la película *Barfly*, dirigida por Barbet Schroeder e interpretada por Mickey Rourke y Faye Dunaway. Una visión sarcástica, ácida y corrosiva de los entretelones de Hollywood en la que desfilan personajes curiosos y excéntricos: productores, escritorzuelos, artistas de todo lo imaginable, ejecutivos fantasmas, periodistas... Un mundo duro donde todo gira al compás del sacrosanto dólar, que es paradójicamente, el único medio para realizar los sueños más subversivos y las empresas más enloquecidas.

«Una narrativa tremendamente veloz, que te atrapa aunque no quieras» (Ramón de España, *El País*); «Un verdadero genio en su tratamiento irónico de la sociedad. Absolutamente nada escapa a su sarcasmo» (José Antonio Gurpegui, *ABC*); «Su mejor pieza» (Félix Romeo Pescador, *Diario 16*).

Índice de contenido

Cubierta

Hollywood

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

Sobre el autor

a Barbet Schroeder

Esta es una obra de ficción y cualquier parecido entre sus personajes y personas vivas o muertas es pura coincidencia, etc.

1

Un par de días después llamó Pinchot. Dijo que quería llevar adelante el guión. ¿Bajaríamos a visitarlo?

Así que nos pusimos en marcha en el Volkswagen y nos dirigimos a Marina del Rey. Extraño territorio.

Después llegamos al puerto, pasamos junto a los barcos. La mayoría eran veleros y la gente andaba de un lado a otro en cubierta. Llevaban ropa de navegar, gorras, gafas de sol. De alguna forma, casi todos parecían haber escapado a la opresión cotidiana de vivir. Nunca habían sido víctimas de esa opresión y nunca lo serían. Tales eran las recompensas de los Elegidos en la tierra de la libertad. En cierto modo, esa gente me parecía tonta. Por supuesto, yo ni siquiera existía para ellos.

Giramos a la derecha, alejándonos de las dársenas, y pasamos por calles dispuestas en orden alfabético, con nombres elegantes. Encontramos la calle, giramos a la izquierda, encontramos el número, paramos. La arena llegaba justo hasta nosotros y el mar estaba lo suficientemente cerca como para que lo viéramos y lo suficientemente lejos para que nos sintiéramos a salvo. La arena parecía más limpia que otras arenas y el agua parecía más azul y la brisa más suave.

—Mira —le dije a Sarah—, acabamos de llegar al paraíso. Mi alma va a vomitar.

—¿Quieres dejar de preocuparte por tu alma? —contestó Sarah.

No era necesario cerrar con llave el Volkswagen. Yo era el único que podía ponerlo en marcha. Estábamos en la

puerta. Llamé.

Apareció aquel tipo delgado y delicado, olía a *arte* por todos los lados. Se veía que había *nacido* para Crear, para Crear cosas magníficas, totalmente libre, nunca perturbado por algo tan trivial como un dolor de muelas, dudas sobre sí mismo, suerte perra. Era uno de esos que *parece* un genio. Yo parecía un friegaplatos, así que esos tipos siempre me jodían un poco.

—Venimos a recoger la ropa sucia —dije.

—No le hagas caso —me interrumpió Sarah—. Pinchot nos sugirió que viniéramos.

—Ou —dijo el caballero—, por favor, *pasad*.

Lo seguimos a él y a sus pequeños carrillos de conejo. Entonces se detuvo como frenado por un obstáculo invisible, era encantador, y, como si el mundo entero estuviese escuchando sus exquisitas palabras, dijo por encima del hombro izquierdo:

—Voy a traerme mi VOD-KA.

Salió disparado hacia la cocina.

—Jon lo mencionó la otra noche —dijo Sarah—. Es Paul Renoir. Escribe ópera y también está trabajando en un estilo que llaman Opera-Movie. Muy de vanguardia.

—Puede que sea un gran hombre, pero no quiero que me toque las pelotas.

—Oh, ¡deja de estar siempre a la defensiva! ¡Todo el mundo no puede ser como tú!

—Lo sé. Ese es su problema.

—Tu punto más fuerte —dijo Sarah— es que tienes miedo de todo.

—¡Ojalá hubiese dicho eso yo!

Paul regresó con su copa. Tenía buen aspecto. Dentro había incluso un pedacito de lima que él movía con una pequeña varilla de cristal, un «agitador». Gran clase.

—Paul —pregunté—, ¿hay algo más de beber por ahí?

—Ou, perdón —dijo—, ¡por favor, *servíos!*

Irrumpí en la cocina pisándole los talones a Sarah. Había botellas por todas partes. Mientras decidíamos, abrí una cerveza.

—Más vale que dejemos las bebidas fuertes —sugirió mi abnegada esposa—, ya sabes cómo te pones cuando bebes.

—Bien. Vamos con el vino.

Encontré un sacacorchos y cogí una botella de tinto de excelente aspecto.

Echamos un trago cada uno. Luego volvimos a llenar nuestras copas y salimos. Hace tiempo solía referirme a Sarah y a mí como Zelda y Scott, pero eso le molestaba porque a ella no le gustaba cómo había acabado Zelda. Y a mí no me gustaba lo que Scott había escrito. Así que ahí abandonamos la broma.

Paul Renoir estaba frente al gran ventanal comprobando el estado del Pacífico.

—Jon se va a retrasar —le dijo al ventanal y al océano—, pero me dijo que os dijera que vendrá enseguida y que por favor os quedarais.

—Vale, hijo...

Sarah y yo nos sentamos con nuestras copas. Nosotros mirábamos los carrillos de conejo. Él miraba el mar. Parecía meditar.

—Chinaski —dijo—, he leído gran parte de tu obra. Es cojonuda. Eres muy bueno...

—Gracias. Pero nosotros sabemos quién es realmente el mejor. Tú eres el mejor.

—Ou —dijo mientras seguía mirando el mar—, es muy amable por tu parte el... darte cuenta de...

Se abrió la puerta y una joven con una cabellera negra entró sin llamar. Cuando nos dimos cuenta ya estaba tendida en el respaldo del sofá, a lo largo, como un gato.

—Me llamo Popppy —dijo—, con 4 pes.

Tuve un desliz:

—Nosotros Scott y Zelda.

—¡Corta el rollo! —dijo Sarah.

Le di nuestros verdaderos nombres.

Paul se apartó del mar.

—Popppy es uno de los productores de tu guión.

—No he escrito ni una palabra —dije.

—Lo harás...

—¿Me harías el favor? —Miré a Sarah y levanté mi copa vacía.

Sarah era una buena chica. Se marchó con la copa. Sabía que si yo entraba allí empezaría a probar todo tipo de botellas y después me pondría desagradable.

Luego me enteraría de que otro nombre de Popppy era «La princesa de Brasil». Y, de entrada, había soltado diez de los grandes. No mucho. Pero llegaba para pagar parte del alquiler y de las copas. La Princesa me miró desde su posición gatuna sobre el respaldo del sofá.

—He leído tus cosas. Eres muy divertido.

—Gracias.

Entonces miré a Paul.

—Eh, hijo, ¿has oído eso? ¡Soy divertido!

—Te mereces —contestó— *cierto* lugar...

Salió disparado hacia la cocina otra vez y se cruzó con Sarah, que venía con nuestros repuestos. Sarah se sentó junto a mí y yo eché un trago.

Entonces se me ocurrió que podría simplemente tirarme un farol con el guión y andar por Marina del Rey tomando copas durante meses. Antes de que pudiera saborear realmente tal pensamiento, la puerta se abrió de golpe y apareció Jon Pinchot.

—Ah, ¡habéis venido!

—Ou —dije yo.

—¡Creo que tengo un productor! Lo único que tienes que hacer es escribirlo.

—Podría llevarme unos meses.

—Naturalmente...

Entonces volvió Paul. Traía una extraña bebida de aspecto rosáceo para la Princesa.

Pinchot se lanzó hacia la cocina a conseguir otra para él.

Era la primera de las muchas reuniones que se disolverían simplemente en ríos de alcohol, especialmente por mi parte. Descubrí que era un tónico necesario para mi confianza, ya que realmente yo sólo estaba interesado en el poema y el relato corto. Escribir un guión me parecía en el fondo algo muy estúpido. Pero hombres mejores que yo habían sido atrapados en tan ridícula acción.

Jon Pinchot salió con su copa y se sentó.

Se convirtió en una larga noche. Hablamos y hablamos, no sé muy bien de qué. Al final Sarah y yo habíamos bebido demasiado como para poder volver a casa conduciendo. Amablemente se nos ofreció una habitación.

Fue en aquella habitación, a oscuras, mientras nos servíamos una última copa de un buen vino tinto, cuando Sarah me preguntó:

—¿Vas a escribir un guión?

—Demonios, ¡no! —contesté.

2

La siguiente llamada de Jon Pinchot llegó 3 o 4 días después. Él conocía a Danny Server, el joven productor-director que tenía un estudio entero de cine en Venice. Danny iba a prestarnos su sala de proyecciones para que pudiéramos ver *La Bestia risueña*, el documental de Pinchot sobre un gobernante negro que se lo hacía a su estilo con sangriento entusiasmo. Quedamos en encontrarnos antes en casa de Pinchot para beber algo. Así que vuelta otra vez a Sailboat Lane...

Jon abrió la puerta y Sarah y yo entramos. No estaba solo. Había un tipo, de pie. Tenía el pelo raro: parecía canoso y rubio al mismo tiempo. La cara era rosada, tirando a roja. Los ojos eran de un azul disparatadamente redondo, muy redondos, muy azules. Tenía la mirada de un colegial a punto de gastar una broma terrible. Una mirada que, como luego comprobaría, no lo abandonaba nunca. Caía bien a la primera.

—Este es François Racine —dijo Jon—. Actúa en muchas de mis películas, y en otras.

—Y en las otras me *pagan*... —Saludó con la cabeza—. ¿Qué tal?

Jon fue a buscar bebidas.

—Por favor, perdonadme —dijo François—. Acabaré enseguida.

Tenía sobre la mesa una pequeña ruleta eléctrica que empezaba a girar cuando apretaba un botón. Tenía monto-

nes de fichas y una hoja larga llena de cálculos. Había también un tapete de apuestas. Colocó sus fichas, apretó el botón, dijo: «Es mi Dama de Cabeza Giratoria. Estoy enamorado». Jon apareció con las bebidas.

—Cuando François no está apostando de verdad, suele dedicarse a practicar o, por lo menos, a pensar en ello.

La ruleta paró y François recogió su premio.

—He estudiado las probabilidades de la ruleta y ya lo tengo —dijo François—, así que no importa dónde se pare. Lo he acertado y gano.

—Y su sistema funciona —dijo Jon—, pero cuando se mete en los casinos no siempre se atiene a su sistema.

—El deseo de morir me vence a menudo —explicó François.

—Hank apuesta —dijo Sarah—. A los caballos. Va todos los días que hay carreras.

François me miró.

—Ah, ¡los caballos! ¿Ganas?

—Me gusta creer que sí...

—Ah, ¡un día vamos!

—Claro.

François regresó a su pequeña ruleta y nosotros nos sentamos con nuestras bebidas.

—Ha ganado y perdido cientos de miles —nos dijo Jon—. En el único momento en que quiere ser actor es cuando está en la ruina absoluta.

—Es lógico —dije.

—Por cierto —dijo Jon—, he hablado con el productor Harold Pheasant y está muy interesado en el guión. Está dispuesto a respaldar la película.

—¡Harold Pheasant! —dijo Sarah—. He oído hablar de él. Es uno de los productores más interesantes.

—Exactamente —dijo Jon.

—Pero yo no he escrito un guión —contesté.

—Da igual. El conoce lo que escribes. Está a favor.

—No parece plausible.

—Suele trabajar así y no hace más que ganar dinero.

Jon fue a buscar la botella.

—Tal vez *debieras* escribir un guión —sugirió Sarah.

—Mira lo que le pasó a Scott Fitzgerald.

—Tú no eres Scott Fitzgerald.

—No, él dejó la bebida. Eso lo mató.

François seguía con su pequeña ruleta. Jon apareció con la botella.

—Nos tomamos otra y luego nos tenemos que ir.

—Bien —dije.

—Oye, François, ¿vienes con nosotros? —preguntó Jon.

—Oh, no, por favor perdonadme, tengo que seguir estudiando esto...